

Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.

CUANDO estaban Don Quijote y Sancho en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyeron grandes voces y gran ruido; y dábanlas y causábanle, los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban á recibir á los novios, que, rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones, venian acompañados del cura y de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió á la novia, dijo: "¡A buena fe, que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega! ¡Pardiez! que segun diviso, que las patenas que habia de traer, son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca, es terciopelo de treinta pelos; y montas, que la guarnicion es de tiras de lienzo blanco, ¡voto á mí, que es de raso! ¡Pues tomadme las manos, adornadas con sortijas de azabache! no medre yo, si no son anillos de oro, y muy de oro, y empedrados con pelras blancas, como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. ¡Oh hi de puta, y qué cabellos, que, si no son postizos, no los he visto mas luengos ni mas rubios en toda mi vida! No, sino ponedla tacha en el brio y en el talle, y no la compareis á una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mismo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima, que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos de Flandes." Rióse Don Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza: parecióle que, fuera de su señora Dulcinea del Toboso, no habia visto mujer mas hermosa jamás. Venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y

debía de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el día venidero de sus bodas. Ibanse acercando á un teatro que á un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se habían de hacer los desposorios, y de donde habían de mirar las danzas y las invenciones; y á la sazón que llegaban al puesto, oyeron á sus espaldas grandes voces, y una que decía: "¡Esperaos un poco, gente tan inconsiderada como presurosa!" Á cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las daba un hombre vestido, al parecer, de un sayo negro gironado de carmesí á llamas. Venía coronado (como se vió luego) con una corona de funesto ciprés; en las manos traía un bastón grande. En llegando mas cerca, fué conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos esperando en qué habían de parar sus voces y sus palabras, temiendo algún mal suceso de su venida en sazón semejante. Llegó, en fin, cansado y sin aliento, y, puesto delante de los desposados, hincando el bastón en el suelo, que tenía el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremente y ronca, estas razones dijo: "Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme á la santa ley que profesamos, que viviendo yo, tú no puedes tomar esposo; y juntamente no ignoras que, por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el decoro que á tu honra convenia; pero tú, echando á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mio á otro, cuyas riquezas le sirven, no solo de buena fortuna, sino de bonísima ventura: y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos), yo, por mis manos, desharé el imposible ó el inconveniente que puede estorbársela, quitándome á mí de por medio. Viva, viva el rico Camacho, con la ingrata Quiteria, largos y felices siglos; y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha, y le puso en la sepultura:" y diciendo esto, asió del bastón que tenía hincado en el suelo, y, quedándose la mitad dél en la tierra, mostró que servía de vaina á un mediano estoque que en él se ocultaba; y puesta la que se podía llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado. Acudieron luego sus amigos á favorecerle, condolidos de su miseria y lastimosa desgracia; y dejando Don Quijote á Rocinante, acudió á favorecerle, y le tomó en sus brazos, y halló que aun no había espirado. Quisiéronle sacar el estoque; pero el cura, que estaba presente, fué de parecer que no se le sacasen antes de confesarle, porque el sacársele y el espirar sería todo á un tiempo. Pero, volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada dijo: "Si quisieses, ¡cruel Quiteria! darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aun pensaría que mi temeridad tendría disculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo." El cura,

oyendo lo cual, le dijo que atendiese á la salud del alma antes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de veras á Dios perdon de sus pecados y de su desesperada determinación. Á lo cual replicó Basilio, que en ninguna manera se confesaría si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa; que aquel contento le adobaría la voluntad, y le daría aliento para confesarse. En oyendo Don Quijote la petición del herido, en altas voces dijo, que Basilio pedía una cosa muy justa y puesta en razón, y además muy hacadera, y que el señor Camacho quedaría tan honrado recibiendo á la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre. "Aquí no ha de haber mas de un sí, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo de estas bodas ha de ser la sepultura." Todo lo oía Camacho, y todo le tenía suspenso y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, por que su alma no se perdiese partiendo desesperado desta vida, que le movieron y aun forzaron á decir, que si Quiteria quería dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos á Quiteria, y unos con ruegos, y otros con lágrimas, y otros con eficaces razones, la persuadían que diese la mano al pobre Basilio; y ella, mas dura que un mármol, y mas sesga que una estatua, mostraba que ni sabía, ni podía, ni quería responder palabra, ni la respondiera si el cura no la dijera que se determinase presto en lo que había de hacer, porque tenía Basilio ya el alma en los dientes, y no daba lugar á esperar inresolutas determinaciones. Entonces la hermosa Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada al parecer, triste y pesarosa, llegó donde Basilio estaba, ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de *Quiteria*, dando muestras de morir como gentil, y no como cristiano. Llegó en fin Quiteria, y, puesta de rodillas, le pidió la mano por señas, y no por palabras. Desencajó los ojos Basilio, y, mirándola atentamente, le dijo: "¡Oh Quiteria, que has venido á ser piadosa á tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogermé por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte! Lo que te suplico es, ¡oh fatal estrella mia! que la mano que me pides y quieres darme no sea por cumplimiento ni para engañarme de nuevo, sino que confieses y digas, que, sin hacer fuerza á tu voluntad, me la entregas y me la das como á tu legítimo esposo; pues no es razón que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo." Entre estas razones se desmayaba de modo, que todos los presentes pensaban que cada desmayo se había de llevar el alma consigo. Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dijo: "Ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad; y así, con la mas libre que tengo, te doy la mano de legítima esposa,